HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO
JUBILEO DEL CENTENARIO DEL MONASTERIO DE CARMELITAS DESCALZAS DEL CERRO DE LOS ÁNGELES

Cerro de los Ángeles, 22 de noviembre de 2026

La providencia de Dios ha querido que celebremos hoy, en esta solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, un aniversario entrañable para la historia de este lugar. Hace cien años, precisamente en la fiesta de Cristo Rey de 1926, comenzaba aquí la vida carmelitana y se celebraba la primera Eucaristía en este convento. Era una festividad recientemente instituida por el papa Pío XI para proclamar ante el mundo la soberanía de Cristo sobre la historia y sobre los corazones. Y fue precisamente en ese contexto cuando un pequeño grupo de Carmelitas Descalzas, guiadas por santa Maravillas de Jesús, llegó a este lugar respondiendo a una llamada del Señor: «Allí quiero que tú y esas otras almas escogidas de mi Corazón me hagáis una casa donde tenga mis delicias».

Estas palabras contienen el secreto de cuanto hoy celebramos. Revelan un deseo de Cristo que permanece vivo. El Señor quería una casa junto a su Corazón abierto para el mundo. Quería un lugar donde fuese amado, adorado y consolado; un lugar desde el que atraer a los hombres hacia sí; un lugar donde la oración se convirtiera en un cauce permanente para que la gracia alcanzara a tantos corazones necesitados de Dios. Y por eso, al celebrar este centenario, no estamos mirando únicamente hacia el pasado. Estamos escuchando nuevamente una llamada que sigue resonando hoy con la misma fuerza que hace cien años. Cristo continúa invitando a los hombres a acercarse a su Corazón. Sigue llamando a los cansados y agobiados para que encuentren descanso en Él. Sigue ofreciendo agua viva a quienes tienen sed de verdad, de misericordia y de esperanza. Sigue buscando corazones que quieran vivir cerca de Él para que otros puedan encontrarle. La razón de ser de este Carmelo ha sido, y sigue siendo, mantener abierta esa puerta hacia el Corazón de Cristo para todos los hombres.

Las lecturas que hemos proclamado iluminan esta celebración. En la primera lectura, el profeta Ezequiel nos ofrece una descripción conmovedora de Dios como pastor de su pueblo. Lo más hermoso es que el profeta no define al pastor por títulos ni por atributos de poder. Lo define por sus acciones. Dios dice de sí mismo: buscaré mis ovejas, las cuidaré, las libraré, las apacentaré, las haré reposar, vendaré a las heridas, fortaleceré a las enfermas y a las débiles. Son verbos llenos de ternura, verbos que revelan el corazón de Dios. Y, al escucharlos hoy, comprendemos mejor quién es el Rey que celebramos. Cristo reina buscando a quien se había alejado. Reina cuidando al que sufre y liberando al que está atrapado por el pecado o la desesperanza. Reina haciendo reposar a los cansados y vendando heridas, fortaleciendo debilidades. La realeza de Cristo no consiste

en dominar, sino en salvar; no consiste en imponerse, sino en entregar la vida; no consiste en exigir que le sirvan, sino en servir hasta el extremo.

Por eso el Señor quiso que existiera aquí una casa de oración. Porque el mundo necesita recordar constantemente este verdadero rostro de Cristo. Necesita saber que existe un Pastor que busca a las ovejas dispersas, que hay un Corazón en el que puede encontrar descanso.

San Pablo, en la segunda lectura, ensancha todavía más nuestra mirada. Nos habla de Cristo resucitado, vencedor de la muerte, primicia de una humanidad nueva. El Apóstol contempla la historia entera dirigida hacia un momento definitivo en el que Cristo habrá sometido todos los poderes enemigos y entregará el Reino al Padre. Y entonces, nos dice, «Dios será todo en todos». Esta afirmación encierra la esperanza cristiana en toda su plenitud. No caminamos hacia el vacío ni hacia el absurdo. No avanzamos simplemente de acontecimiento en acontecimiento. La historia tiene una meta y esa meta es Dios. Cristo reina para conducir la creación entera hacia la comunión definitiva con el Padre, y para que la vida venza sobre la muerte y el amor sobre el pecado.

Y el Evangelio nos muestra el momento culminante de ese reinado. Contemplamos a Cristo como juez de las naciones, separando a unos y otros según la verdad de sus vidas. Pero resulta revelador comprobar cuál es el criterio del juicio. El Señor no pregunta por los éxitos humanos ni por el poder alcanzado. No pregunta por la influencia ni por los reconocimientos recibidos. Pregunta por el amor. «Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; estaba enfermo y me visitasteis». Y cuando los justos preguntan cuándo hicieron todo esto, Cristo responde: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis».

Aquí encontramos una de las expresiones más hermosas del Reino de Cristo. El prefacio de esta solemnidad lo define como reino eterno y universal, reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz. Es precisamente ese Reino el que aparece en el Evangelio. Un Reino donde el amor es la medida de todas las cosas.

A la luz de estas lecturas comprendemos mejor el significado de estos cien años de presencia carmelitana en el Cerro de los Ángeles. Estas monjas llegaron poco después de la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús. Después vendrían años dolorosos marcados por la persecución religiosa y por el derramamiento de la sangre de tantos mártires. También este lugar fue testigo del sufrimiento de la Iglesia y de las heridas profundas que atravesaron nuestra nación. En ese contexto, santa Maravillas comprendió con especial intensidad la dimensión reparadora de la vocación carmelitana. Frente al odio, amor. Frente a la violencia, oración. Frente al pecado, reparación. Frente a la desesperanza, confianza en Dios.

Pero sería empobrecer profundamente su legado interpretar esta misión desde categorías ideológicas o políticas. Cuando santa Maravillas escuchó aquellas palabras atribuidas al Señor: «España se salvará por la oración», no entendió nunca que se le estuviera confiando una empresa temporal o una opción humana frente a otra. Entendió algo mucho

más profundo y mucho más evangélico. Entendió que es Dios quien salva, que ninguna realidad humana puede ocupar el lugar de la gracia. Entendió que los corazones cambian cuando se acercan a Cristo. Por eso vino a rezar. Por eso quiso levantar aquí una casa de oración.

Recuerdo las palabras de santa Teresa del Niño Jesús, entusiasmada por las hazañas de Juana de Arco y deseosa ella también de hacer obras grandes, cuando escribía: «En lugar de una voz del cielo llamándome a la batalla, oí en lo profundo de mi alma una voz más dulce, incluso más fuerte, la del Esposo de las vírgenes, llamándome a otras hazañas, a conquistas más gloriosas. Y en la soledad del Carmelo comprendí que mi misión no era coronar a un rey mortal, sino hacer amar al Rey del Cielo, someterle el reino de los corazones».

Estas palabras podrían resumir perfectamente la historia de este monasterio. Hacer amar al Rey del Cielo. Someterle el reino de los corazones. Esa ha sido la gran misión del Carmelo en el Cerro de los Ángeles. No levantar banderas humanas, sino señalar a Cristo. Y precisamente por permanecer fiel a esa vocación, este monasterio ha sido extraordinariamente fecundo. Desde aquí surgieron nuevas fundaciones que llevaron el espíritu del Carmelo a otros lugares de España y del mundo. Desde aquí se ha ejercido una maternidad espiritual que sólo Dios conoce en toda su amplitud.

Por eso hoy damos gracias. Damos gracias por santa Maravillas de Jesús y por todas las hermanas que han vivido aquí durante este siglo. Damos gracias por su fidelidad silenciosa, y por tantos sacrificios ocultos, tantas horas de adoración, tantas oraciones ofrecidas por la Iglesia, por España y por el mundo entero. Y pedimos al Señor que esta casa siga siendo, durante muchos años más, el lugar de sus delicias, el lugar donde los hombres puedan encontrar siempre una intercesión constante y una puerta abierta hacia su Corazón misericordioso.

«Venga a nosotros tu Reino». Es la petición que resume toda la misión de la Iglesia. Que venga su Reino a nuestros corazones, a nuestras familias, a nuestra sociedad y a nuestra patria. Y la unimos a la última oración de la Sagrada Escritura, la oración llena de esperanza con la que termina el Apocalipsis: «Ven, Señor Jesús».

Nos ponemos bajo la protección de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora de los Ángeles. Ella fue la primera que acogió plenamente el Reino de Dios en su corazón; ella ha velado siempre por este lugar santo, y ha acompañado maternalmente a esta comunidad carmelitana desde sus orígenes. A ella le pedimos que continúe cuidando de estas hermanas, de nuestra diócesis y de todos nosotros, para que, permaneciendo fieles a Cristo Rey, podamos un día participar para siempre de su Reino